

La pintora Luisa de Sáenz, obsequia su "Cabeza de Mujer" al autor de "Como yo vi la exposición" (Visita Emocional de un Trauseunte)

San José, 20 de octubre de 1933.

Señor Autor de "Como yo vi la Exposición" (Visita emocional de un transeunte).

P.
Señor:

Estoy encantada e inmensamente agradecida de su juicio publicado en LA HORA sobre

mi trabajo.

Ud. que es un talento para la literatura sabe sentir el arte de la pintura y decirlo con palabras muy buenas. Quiero referirme en especial a mi cuadro "Cabeza de mujer"; yo no creí que fuera a gustar tanto, pues con toda sinceridad, yo no soy más que una pequeña artista, que quiso hacer "algo" de todo

lo que Ud. dijo....

A sus buenas palabras no teigo más q' añadir sino esto:

Si tanto le gusta, para mí es un verdadero placer obsequiar-se'lo. Suyo es desde este momento.

Lo saluda su afma. y agradecida amiga,

LUISA G. DE SAENZ.

— LA HORA —

COMO YO VI LA EXPOSICION

Al lado de Manuel de la Cruz, está Luisita Sáenz. Tres cuadros forman la labor de la pintora. Yo pasaré por encima de dos y me detendré en uno.

LOS DOS

En uno es una mujer campesina. El otro es una cabeza de hombre. Estos dos cuadros denotan una inmensa superioridad, una enorme superación comparadas las técnicas, la actitud del espíritu, y el valor pictórico y sobre todo el arrojo del pincel para pintar, recordando la obra de ella misma en la Exposición anterior. Estos dos cuadros muestran algo de gran valor: valor para afrontar el motivo, robustez en la mano y casi una perfección en el dominio de la técnica que parece ser la raigambre de nuestros pintores: el deseo de copiar nuestra luz de trópico, nuestro sol claro y brillante, nuestra potencialidad brilladora en los días plenos del verano. Estos cuadros, pintados

por mano masculina, quizás no tendrían tanta importancia, pero pintados por mano de mujer, denotan un espíritu que avanza y un salto, el de mayor importancia, que ha dado el pincel saltándose de los "motivos" clásicos femeninos para saltar de lleno a los motivos viriles, fuertes, rudos que pueden cultivar por su ideología y por una razón quizás antropológica, el hombre.

Pero es preciso detenerse con mayor calma ante el tercer cuadro, que es a mi juicio uno de los mejores y quizás el mejor, de la Exposición.

UNA CABEZA DE MUJER

He aquí, en un rincón, el cuadro de más prestigio que hemos visto. Es una mujer de tres cuartos de perfil. El cuadro es pequeño. La tonalidad, gris. La postura, serena. El mirar, reposado. El gesto, sin ser dulce, no llega a ser duro. Sin embargo,

Pasa a la Página SEIS

COMO YO VI LA EXPOSICION...

Viene de la Página PRIMERA

es un gesto sobrio, un gesto de ella, un gesto que pudiera ser copiado en la cara humana ante una gran llanura.

El alma de este cuadro está en el gesto y en el reflejo del paisaje que debe, ineludiblemente, circundar el cuerpo, la actitud y el gesto de esta mujer. Es una mujer que no vive en nuestro medio. Es una mujer toda nervio, toda sequedad, toda sacrificio. Hay un enorme sacrificio en los ojos, y en la comisura de los labios. Es una mujer que ha debido ser madre y ha debido pasar por duros y traidores dolores. Tiene cara de haber estado muchas noches inclinada sobre la respiración atnosa de un chiquillo y tiene cara de haber despedido el cuerpo de un hijo que se llevaron y tiene cara también de haber enjugado la lágrima con la punta de su delantal para volver heroicamente a la faena cásera.

Es enjuta, cetrina, erguida, noble, austera. Parece como si ella se hubiera detenido frente a las murallas de Avila. Parece que el sol cae de plano sobre los torreones, sobre las tejas, sobre el color café de las murallas, y que el sol se tonaliza con el color de las murallas, de los torreones y de las tejas, para luego honrarle la cara de reflejos. A veces antójase que esta mujer está asomada a una gran planicie, pero que esa planicie está huérfana de vegetación, q' es inhóspita, plana, ilimita y reseca. Dijérase que la llanada tiene un color café de espiga reseca, calcinada, devorada por el fuego.

Tal es el color que refleja la mujer en su cara. Tal vida, vida heroica, ha ido secando por

dentro. Quizás está al borde de no tener más hijos.

Parciera que la vida, el dolor y el paisaje le han secado el vientre fecundo y que ahora se conserva toda en espíritu, como una llama que hubiera consumido todas sus reservas.

Pero esa llama no se ha apagado. Vive mortecina, terca, tate, dentro de sus ojos. Aun cuando hay la iniciación de un desgarramiento definitivo en la boca, los ojos de esta mujer continúan pequeños y duros. Perdió el brillo, pero conservó el filo.

Hay una dejadez elegante en la colocación del traje sobre el hombro. Hay una dejadez que algunos interpretan a movimiento coqueto de salón, pero que no es tal. Es una dejadez que ha creado la misma vida. Es un pequeño abandono que la hace aun más incitadora y que hace presumir rudos y dolorosos encantos ocultos, marchitados poco a poco en el sacrificio que se inicia. Es una lástima que la pintora no completara el cuadro con las dos manos de esta mujer. Las manos de ella deben ser el complemento absoluto del cuadro. Deben ser dos manos delgadas, nerviosas, fuertes. Deben ser dos manos como dos garras femeninas.

Ante este cuadro, detuve mis pasos mucho rato. Aun más. Me costó mucho separarme de allí. Uno, que se las da de hombre despreocupado y práctico, con esa procaacidad que tanto rima con nuestras juventudes, se me acercó para decirme:

—Pero qué hace Ud. tanto ahí, y con esa cara?

Tuve que contestarle:

—Estoy tomando el fresco.

Y lo miré con una gran tristeza.

Continuará